REFLEXIÓN JORNADA MUNDIAL DE LA CREACIÓN EN NAVAGALAMELLA

Hermanos Besarion y Teofil, queridos vicarios episcopales, Alfonso, párroco de Navagalamella, comisión diocesana para la Ecología integral, vecinos y parroquianos este precioso pueblo que nos acoge, hermanos y hermanas de la Iglesia de Madrid, comunidad contemplativa de Cenicientos, señores alcaldes y efectivos de la UME…

Nos reunimos hoy con el corazón todavía sobrecogido y la mirada puesta en nuestras cimas y laderas, que el pasado mes de julio de 2026 se tiñeron de un negro doloroso y traumático. El fuego devastador que golpeó la Sierra Oeste de Madrid no solo consumió hectáreas de pinos, encinas y vida silvestre; quemó también la tranquilidad de nuestros hogares, el esfuerzo de nuestros ganaderos y la belleza de este paisaje que consideramos un reflejo diario de la gloria de Dios. Sentir el dolor por la tierra quemada es un signo profundamente cristiano: es el llanto por la herida infligida a la creación.

En esta Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, la Iglesia Católica nos ofrece una palabra que ilumina directamente nuestras cenizas. El Papa León XIV, en su mensaje para este año titulado «*Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas*» (Is 2,4), nos invita a darnos cuenta de que la violencia no solo se ejerce entre las personas, sino también contra el medio ambiente. El Santo Padre nos recuerda con urgencia que «*el sufrimiento humano y la destrucción del equilibrio armonioso de la creación no son realidades separadas: constituyen un único clamor de sanación y de paz, que se eleva desde un mundo herido*». Cuando arde nuestra sierra, arde nuestro tejido social, nuestra memoria colectiva y el sustento de nuestras familias, además de perderse la sabiduría del Creador que atesora la biodiversidad de nuestros bosques y montes.

Por ello, los obispos de la Subcomisión de Acción Caritativa y social os exhortamos a mirar de frente las raíces de esta tragedia. En nuestro mensaje, hemos querido recordar que no nos enfrentamos a diversas crisis separadas, sino a una «única y compleja crisis socioambiental». Se trata de un fenómeno complejo provocado, en gran parte, por un modelo de desarrollo obsesionado con el crecimiento ilimitado. A nivel planetario, la ciencia nos advierte que hemos traspasado peligrosamente los límites para mantener la vida en la Tierra, y en España esto se traduce en una realidad innegable: sufrimos una intensificación alarmante de las olas de calor, de sequías prolongadas y cronificadas, de incendios forestales, de lluvias torrenciales inéditas y una preocupante tendencia a la desertificación que amenaza a más de la mitad del territorio nacional.

Os invitamos, pues, a hacer de la conversión ecológica una experiencia profunda y comunitaria, que comience por «desarmar nuestras palabras» y actitudes, abandonar la polarización social y política y contrarrestar la fuerza del paradigma tecnocrático que pretende ignorar la fragilidad intrínseca de nuestra naturaleza.

Aceptar nuestra finitud humana y los límites de la creación no es un defecto; es la base para aprender a cuidarnos mutuamente. En los pueblos de la Sierra Oeste Madrileña, este límite se manifestó de forma terrible con el fuego, más de 27.000 hectáreas afectadas, cerca de 60.000 personas evacuadas o confinadas y la perdida de la flora y fauna. Pero también despertó la verdadera belleza del ser humano: la solidaridad evangélica, el apoyo a los vecinos confinados y evacuados, la solidaridad de los alcaldes de diferentes

municipios y la valentía de quienes arriesgaron todo en primera línea contra las llamas, incluso para poner a salvo a los animales de las fincas de la zona.

Transformar las «espadas en arados» significa hoy para nosotros sanar el suelo carbonizado y reconstruir con criterios de justicia y amor, sin olvidar comprometerse activamente con una transición ecológica y energética que sea verdaderamente justa e inclusiva.

Efectivamente, la conversión nos exige dejar atrás la indiferencia. Debemos ser custodios activos de esta sierra madrileña, protegiendo los recursos vitales, especialmente el don del agua, que este mes el Santo Padre nos pide cuidar con especial esmero ante el persistente estrés hídrico de nuestros veranos y la importancia vital que supone tener acceso a agua potable para el desarrollo y sostenimiento de la vida humana y la biodiversidad.

Es motivo de esperanza constatar la respuesta positiva que la Conferencia Episcopal Española está dando a través de la pastoral de la Ecología Integral. Hoy, más de 40 diócesis españolas cuentan ya con equipos y responsables dedicados a esta tarea. Esto nos permite trabajar desde la sinodalidad y la comunión, entrelazando este esfuerzo con diferentes pastorales, como la catequesis, la acción caritativa, la liturgia, la pastoral de la salud y la de movilidad humana, entre otras.

Buscamos crear sinergias que nos ayuden a mirar, con ojos contemplativos, tanto las maravillas de la Creación, que nos rodea como los profundos problemas sociales, económicos y medioambientales que están estrechamente interrelacionados.

No podemos olvidar a la ingente cantidad de hermanos que migran cada año debido a las catástrofes climáticas; familias enteras que lo pierden todo: sus cosechas, su ganado, sus hogares y, trágicamente, a sus seres queridos. Son víctimas de la destrucción de sus entornos y de la explotación cruel de unos recursos naturales que incluso provocan guerras. Año tras año, aumenta la pérdida de vidas humanas y se desvanece la rica biodiversidad de nuestra Casa Común, un clamor que nos urge a actuar desde la fe y la justicia.

Hermanos y hermanas ALCEMOS JUNTOS LA MIRADA, como nos invita don José, nuestro arzobispo, en este nuevo curso. Alzar juntos la mirada hacia Cristo y alzarla para ver los campos que esperan la cosecha de la caridad. Hagamos que cada gesto de sobriedad, cada esfuerzo por la justicia energética, cada acto de acogida al migrante y cada palabra de paz sean instrumentos con los que forjamos arados para cultivar una humanidad nueva. Pidamos a la Virgen María, que nos guíe para hacer de los pueblos de la sierra oeste de Madrid, un ejemplo vivo de respeto a la Casa Común. Amén.